



La importancia de la inclusión y la equidad dentro de la educación jesuita

Valentina Valdez Vega

Estudiante del área de Ciencia y Tecnología – 6° secundaria

FEPPA San Calixto, La Paz (Bolivia)

El papel de la equidad e inclusión en la educación

San Ignacio dijo alguna vez: “Alcanza la grandeza y compártela”. Su fe, enseñanzas y lecciones de vida han sido heredadas durante más de 4 siglos y medio. Debemos a su obra, la Compañía de Jesús, el deseo por impartir una educación que se basara de manera integral en el crecimiento del conocimiento académico y a la vez espiritual. Por eso San Ignacio ha impartido su legado y lo ha esparcido a través de numerosas generaciones y latitudes. Para él, para sus primeros seguidores y para quienes somos parte de ese legado, sus enseñanzas de fe, reflexión y acción nos invitan a vivir una vida llena de generosidad y goce espiritual.

Es cierto que, con el avance del tiempo, los pensamientos de la sociedad han fluctuado por distintas tendencias, y por tanto, el significado e importancia del legado de San Ignacio también pudo verse alterado por aquel que ha escuchado su mensaje. Es por eso que, ante esta situación, se hace necesario analizar ciertos aspectos en la misión educativa jesuita que se han ido transformado a lo largo de los años: la **inclusión** y la **equidad**, aspectos que son parte del proceso actual de la educación, y que son cada vez más relevantes para el progreso de la sociedad y para una humanidad con mayor empatía.

Por muchos años, la educación ha sido usada como el arma principal de distintas potencias mundiales para construir un desarrollo intelectual “único” que se imponga al resto del mundo; en efecto, el peso que conlleva la educación va más allá de la simple oportunidad de alcanzar un mejor estilo de vida para el individuo. La educación es una verdadera herramienta que empodera a las personas a través del conocimiento y que a la vez otorga libertad.

Por eso, al proporcionar conocimiento en un sinnúmero de campos del saber, el estudiante “*tiene en sus manos*” la información necesaria para tomar decisiones en su vida y evitar la manipulación que medios o fuentes externas tengan sobre él. Ahí está la importancia de decir “*tener en sus manos*”. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿está la educación al alcance, es decir, “en las manos” de niños, adolescentes y adultos? ¿No sigue imponiéndose la desigualdad, incluso en un mundo que ha progresado en otros campos en términos de igualdad? ¿No es evidente que muchos países aún se ven afectados por la disparidad en su educación?

Valores de la educación jesuita

En todo ese contexto, los valores de la educación jesuita que nos ha dejado San Ignacio han buscado hacer de los estudiantes personas más sabias y



compasivas al tomar decisiones. Esta educación de la que hemos sido y seguimos siendo parte se ha basado en importantes pilares, tres de los cuales destacaremos a continuación: el primero de todos es la **Cura Personalis** (“el cuidado de uno mismo”), con esta característica de la educación ignaciana entendemos que cada persona es una creación única de Dios; la *cura personalis*, puesta en práctica en el aula, demuestra la búsqueda por un profundo respeto hacia la diversidad y la diferencia, poniendo énfasis en el cuidado integral de la mente, el cuerpo y el espíritu del estudiante.

Otro de los criterios ignacianos es el **discernimiento**, que invita a los estudiantes a estar abiertos al espíritu de Dios a medida que toman decisiones y emprenden acciones que contribuyen al bien mayor; por eso el discernimiento se practica tomando decisiones, con ayuda de la oración y la reflexión, para que sean beneficiosas hacia los demás y consideren el impacto total de las acciones desde diversos ángulos.

Finalmente, está el **servicio** arraigado en la justicia y el amor, aspecto que se hace realidad en la incorporación de los estudiantes en programas de servicio comunitario, creando conciencia en medio de la ayuda que se brinda a los más necesitados. En la educación jesuita es importante cultivar la conciencia crítica hacia el mal social y personal, practicando el amor de Dios hacia el prójimo.

De este modo, estas tres características que explican la posición de la educación de la Compañía de Jesús frente a los problemas de la realidad se ocupan también de las problemáticas de la **equidad** y la **inclusión**, ya que se trata de formar personas con empatía y tolerancia hacia los demás. Como ejemplo, las actividades de servicio y voluntariado que

se realizan dentro de los colegios buscan activamente la participación de los estudiantes al involucrarse en el servicio comunitario, pero esas acciones de ayuda hacia los más necesitados van más allá de los actos mismos, porque se busca un cambio que viene desde el interior del individuo que realmente desea tener ese cambio, no sin antes, por supuesto, estar suficientemente informado y preparado por algún profesor o guía espiritual.

Un futuro prometedor

Los temas de la equidad y la inclusión han sido parte de mis preocupaciones, primero por la obvia desigualdad educativa que existe entre niños de distintas escuelas y la relación que existe entre los privilegios personales de cada familia, pero también porque muchas veces puede existir esta situación de exclusión dentro del aula entre los propios niños. Sabemos que resulta injusto situar a estudiantes en posiciones distintas al momento de otorgarles oportunidades educativas, basándose solo en sus características personales como la raza, género, etnia, idioma, discapacidad o ingresos familiares. Desde un inicio me propuse abordar este tema para informar a los demás sobre las batallas que miles de niños, adolescentes y adultos alrededor del mundo enfrentan simplemente para obtener una educación que pueda brindarles una mejor calidad de vida.

En este sentido, San Ignacio y los valores expuestos anteriormente, explican cómo dentro de la educación jesuita el amor y la empatía hacia el prójimo se posicionan por encima de todo lo demás. Aunque sabemos que la discriminación en la educación no desaparecerá en su totalidad, es el deber de cada ciudadano responsable, y especialmente de cualquier



ser humano que sienta la falta de equidad e inclusión, garantizar la realización de la igualdad en la educación. Todo es un proceso porque, como dijo San Ignacio, primero debemos alcanzar la grandeza personal, y al tratar de ser la mejor versión de nosotros mismos en cualquier cosa que hagamos, solo así se podrá compartir lo que uno tiene con los que más lo necesitan.

Tratar de ser la mejor versión de uno mismo para así ayudar a los demás es lo que cada persona debería aspirar a lograr. Jesús nos enseñó sobre la caridad entre nosotros, y en el contexto en el que vivimos ahora, deberíamos no solo compartir lo nuestro con el prójimo, sino también luchar por sus derechos, para que reciban en igual cantidad todo aquello a lo que como seres humanos tenemos derecho. En la dinámica actual de la sociedad y de las desigualdades, debemos abogar por una educación tanto equitativa como justa para todos. Y San Ignacio nos ha mostrado el camino.